

34 Una vida, UNA NOVELA

EMPEZO EN  
EL CINE  
MUDO

x x x

LA MAS  
JOVEN  
VETERANA  
ACTUAL

x x x

MATRIMONIO  
SIN EXITO EN  
SU PRIMERA  
JUVENTUD

Loretta

YOUNG





## ¡De próxima aparición!

GLENN FORD.—El gran actor que se reveló en la película «Gilda». Como consecuencia de su magnífica labor en este papel, obtuvo un contrato para interpretar exclusivamente «tipos duros». Después de su matrimonio con la actriz Eleanor Powell, ella ha abandonado su trabajo ante las cámaras y su personalidad artística para convertirse, simplemente, en la señora Ford.



LANA TURNER.—La estrella eternamente enamorada, tuvo una infancia pobre y difícil, agravada por la tragedia del asesinato de su padre. Su original e inesperado descubrimiento para el cine y el escándalo originado por su «swetter», le dan fama y riqueza, pero ella ha buscado siempre la felicidad a través del amor, casándose cinco veces —dos de ellas con el mismo hombre—, y pasando por breves idilios con astros tan relevantes como Tyrone Power y Fernando Lamas.

## ¡Está a la venta!

JOSEPH COTTEN.—Hijo de un oficial de correos, sintió muy pronto el ansia de ser actor. El camino era difícil y lleno de obstáculos, por lo que, aun en contra de su voluntad, tuvo que convertirse en fracasado comerciante y en agente de publicidad. Poco a poco, fue introduciéndose en el mundo de la escena, escalando incansablemente el encumbrado lugar que ahora ocupa. Es un hombre feliz al lado de Leonore Kip, su primera y única esposa.



## UNA VIDA, UNA NOVELA

# LORETTA YOUNG

- ◆ Una actriz del cine mudo.
- ◆ Aficionada a la escena desde su infancia.
- ◆ La felicidad en el segundo matrimonio.

Volumen n.º 34  
de la Colección de Biografías  
«UNA VIDA, UNA NOVELA»



## VOLUMENES PUBLICADOS

- |                       |                      |
|-----------------------|----------------------|
| 1. MARLON BRANDO      | 20. SUSAN HAYWARD    |
| 2. JOHN WAYNE         | 21. ROBERT TAYLOR    |
| 3. HEDY LAMARR        | 22. RITA HAYWORTH    |
| 4. ERROL FLYNN        | 23. TYRONE POWER     |
| 5. MONTGOMERY CLIFT   | 24. JUDY GARLAND     |
| 6. MARILYN MONROE     | 25. KIRK DOUGLAS     |
| 7. GARY COOPER        | 26. AUDREY HEPBURN   |
| 8. ELIZABETH TAYLOR   | 27. VITTORIO GASSMAN |
| 9. ROCK HUDSON        | 28. JOAN CRAWFORD    |
| 10. GINA LOLLOBRIGIDA | 29. RAF VALLONE      |
| 11. CLARK GABLE       | 30. INGRID BERGMAN   |
| 12. LESLIE CARON      | 31. JAMES STEWART    |
| 13. GREGORY PECK      | 32. BETTY HUTTON     |
| 14. GRACE KELLY       | 33. JOSEPH COTTEN    |
| 15. FRANK SINATRA     | 34. LORETTA YOUNG    |
| 16. SILVANA MANGANO   |                      |
| 17. VAN JOHNSON       | DE PROXIMA APARICION |
| 18. AVA GARDNER       | 35. GLENN FORD       |
| 19. ALAN LADD         | 36. LANA TURNER      |

### ¡PIDALOS EN SU KIOSCO!

(De no hallar el título que le interese, solicítelo a esta Editorial enviando el importe en sellos de Correos).

Derechos reservados. Copyright by Ediciones Cinematográficas, Spain

EDICIONES CINEMATOGRAFICAS

Ronda San Pedro, 56 - BARCELONA (ESPAÑA)

LA ciudad de Lago Salado, en la madrugada del 6 de enero de 1913. Las calles, envueltas todavía en la bruma matinal, aparecían solitarias y silenciosas. Diríase que la ciudad entera descansaba todavía. Sólo de vez en cuando veíase cruzar, rápido en su bicicleta, al chiquillo que repartía los periódicos o al lechero, depositando su blanca carga al pie de cada puerta. Y, sin embargo, no era aquella una mañana cualquiera. Era, nada menos, que el día ilusionado de todos los niños, el día en que, en cada hogar, un corazoncito infantil latía gozoso aguardando la llegada de los Reyes Magos procedentes del lejano Oriente, portadores de los dones más fantásticos y más deseados. Cada casa era, en su interior, un hervidero de entusiasmo y de bullicio. Los chiquillos, nerviosos e impacientes, espiaban desde sus camitas la llegada del nuevo día para correr junto a la chimenea a rescatar los preciados dones.

La casita del matrimonio Young, en la Avenida de Hollywood, no era, ciertamente, una excepción. Las tres chiquillas que allí habitaban — Polly Ann, Betty Jane y Georgiana — después de una noche febril e interminable, acababan de saltar de sus camitas y corrían escaleras abajo, gritando, tropezando, empujándose unas a otras, en su afán de llegar cada una la primera ante la chimenea. Fue, como siempre, Betty Jane, la segunda, la más impetuosa, la que antes alcanzó su objetivo. Un «¡Ohhh!» estridente y prolongado, advirtió a las otras de que algo asombroso acababa de descubrir.



—¡Oh, corred, chicas, corred, mirad lo que han dejado los Reyes Magos!

Las tres caritas se inclinaron, entre asombradas e incrédulas, ante una cunita que estaba colocada en el centro de la habitación. Dentro, bien envuelta en suaves lanas, veíase una preciosa muñeca que dormía plácidamente. Su carita, lo único que se distinguía entre aquel amasijo de ropas y lazos, parecía de porcelana. En torno a la cuna, varios paquetes aguardaban, cada uno con su correspondiente etiqueta, a que su destinataria se hiciese cargo de ellos. Pero las niñas sólo tenían ojos para aquella muñeca prodigiosa que dormía ajena a la admiración que suscitaba.

—¡Qué bonita es! Es mucho más bonita de lo que yo esperaba... —susurró embelesada Polly, que durante toda la noche no había dejado de pensar cómo sería la muñeca que le regalasen los bondadosos Reyes Magos.

—¡Eh, eh, un momento! —gritó Betty Jane—. Aquí no dice que la muñeca sea para ti...

—Tiene que serlo. Yo soy la única que les ha pedido a los Reyes una muñeca...

—Sí, bueno... Pero esta muñeca nos gusta a todas... Es demasiado bonita para que te la quedases para ti sola...

Un grito de Georgina las hizo volverse en redondo a mirarla. ¿Qué le ocurriría ahora a aquella boba? Georgina, la más pequeña, tenía la especialidad de estropear con sus tonterías todos los momentos emocionantes de sus hermanas mayores.

—Pero, pero... Si la muñeca... ¿no os habéis fijado?... la muñeca... es... es de verdad... Ha abierto los ojos... Y ha movido un bracito...

—Será una muñeca último modelo... —sentenció Betty Jane, con toda seriedad—. A lo mejor, una de esas muñecas que cuentan en los libros que hablan y andan solas...

—No puede ser... Sería demasiado para nosotras... Georgina siempre está viendo visiones...

—Os digo que es cierto que ha abierto los ojos... Y ninguna de nosotras la ha tocado...

—Es verdad —asintió Polly Ann—. Por muy muñeca último modelo que sea, no abriría los ojos, ni andaría, ni hablaría sola sin tocarle algún resorte...

Las palabras de Polly dejaron perplejas a las dos chiquillas. Polly siempre tenía razón... Cuando ella decía una cosa, sus hermanas lo aceptaban como artículo de fe. El misterio las dejó, por unos instantes, mudas. Ninguna de ellas se atrevía a tocarla, temerosa de lo que pudiera ocurrir. La voz de su padre, bajando la escalera, las sobresaltó:

—¡Buenos días, pequeñas! ¿Qué os ha parecido el regalo de los Reyes Magos?

Papá Young acababa de entrar en la habitación. Sin apresurarse, ante la mirada atónita de las niñas, cogió la linda muñeca en brazos y sosteniéndola muy alto, dijo solemnemente:

—Polly Ann, Betty Jane, Georgina... Os presento a vuestra hermanita Gretchen...

¿Hermana? Los tres pares de ojos de las niñas miraron a su padre con estupor. Entonces, ¡era cierto, como decía Georgina, que la muñeca se movía?

—Papá, ¿quieres decir que... eso... la muñeca... es... es una niña como nosotras? —preguntó al fin Betty, que era la más decidida.



—Tú lo has dicho, Betty... La muñeca es, ni más ni menos, que una niña como vosotras... Sólo que mucho más delicada... Espero que todas vosotras, incluso tú, Georgina, sabréis cuidarla como se merece...

La advertencia de papá Young no era necesaria. Desde aquel día, las tres hermanas rivalizaron en el cuidado de la chiquitina; incluso se peleaban por quién la había tenido más tiempo en brazos.

—Ahora me toca a mí, Betty... Tú ya la has tenido más de diez minutos... —protestaba Polly.

—Espera... Déjamela otro poquitín...

—Y a mí, ¿cuándo me toca? —protestaba Georgina—. Siempre me dejáis la última... Se lo contaré a mamá...

Mamá Young tenía que intervenir enérgicamente y arrancar a la pequeña de brazos de sus hermanas, pues de lo contrario, a fuerza de mimos y de pasar de una a otra, habrían acabado por hacerla enfermar.

La pequeña Gretchen Michaela era una niña muy bonita. Su carita tenía, en efecto, la expresión de una linda muñeca de bazar. De tez muy suave y sonrosada, destacaban en ella los ojos, unos grandes ojos azules de mirada clara y límpida y la boca, tal vez un poco grande, pero que hipnotizaba por la dulzura de su sonrisa. El cabello, de un castaño muy claro, cayéndole en grandes bucles en torno a la carita, contribuía aún más a dar la sensación de algo irreal. Sus hermanas mayores, que la adoraban, disfrutaban peinándola, vistiéndola, arreglándola como hasta entonces habían hecho con sus muñecas. Y ella se dejaba hacer, entre zímiosa y consentida, segura de ser el centro de la

atención en la casa. Vivaracha y alegre, sabía jugar con sus hermanas tan bien como una niña mayor. Gustaba sobre todo a las cuatro chiquillas representar comedias que ellas mismas inventaban. Era frecuente verlas encerrarse en la habitación de los mayores y allí, a solas, vestirse y caracterizarse de las formas más grotescas y más divertidas. Gretchen asimilaba con facilidad todo cuanto le indicaban sus hermanas, demostrando unas dotes artísticas realmente extraordinarias en una chiquilla tan pequeña. Pero cuando la diversión de las niñas llegaba al máximo, era cuando en la casa aparecía, siempre en visitas fugaces y apresuradas, la figura de su tío Ernest. Ernest Traxler era un chiflado del mundo de la ficción. Todo cuanto se relacionara con el teatro o con el cine era para él algo esencial. Tenía el cargo de gerente de producción en uno de los principales estudios cinematográficos de la época y se ganaba bastante bien la vida. Adoraba a sus sobrinas y no desperdiciaba ocasión de hacer una escapada a Lago Salado para pasar, aunque sólo fuera unas horas en su compañía. Estas horas eran, para las pequeñas Young, lo más maravilloso que podía ocurrirles en la vida. El tío Ernest les hablaba del cine, de ese arte nuevo y maravilloso que cada día iba tomando mayores amplitudes:

—¿No sabéis, pequeñas? El cine es algo único, todo en él es fantástico...

Al principio, a las niñas no les acababa de convencer el entusiasmo de su tío por aquello de las «fotografías animadas». Lo que a ellas les maravillaba era más bien el teatro, que no habían tenido ocasión de admirar directamente, pues eran



todavía muy niñas. Pero, ¡habían oído hablar tanto de ello! Incluso la fama de la gran Sarah Bernhardt, en su fantástica jira por los Estados Unidos, había llegado hasta su rincón idealizada por el prestigio de lo europeo, de lo remoto, de lo soñado... Y ahora esto del cine presentaba matices nuevos; pero no tan prestigiosos ni formales. Era, en su principio, como una diversión de feria, una atracción de las barracas...

—No, niñas, no —protestaba el tío Ernest—. Eso de la barraca pasó a la historia. El cine, yo os lo aseguro, es la diversión del porvenir. Y vosotras veréis cómo los que hoy lo desdennan, llegarán a ensalzarlo colocándolo mucho más alto que todos los dramas y comedias del pasado con su guardarropía y sus bambalinas. En el cine todo es real; es la vida misma. Los árboles no son de cartón como en el teatro y las mujeres, ¡ah, las mujeres! Vuestra Sarah Bernhardt es ya una antigualla, los retratos que de ella admiráis datan de un cuarto de siglo atrás... En cambio, en el cine contamos con Mary Pickford, la niña de los bucles de oro, una jovencita auténtica, apenas unos años mayor que vosotras. Y con Theda Bara, la vampiresa o la mujer fatal de quien se enamoran todos los hombres...

—¿Es posible, tío Ernest? ¿Existen mujeres de quienes todos los hombres se enamoran? —preguntaba incrédula Betty Jane.

—¡Ya lo creo! La atracción de las estrellas es que, en el momento en que los espectadores las contemplan, se sientan todos enamorados de ellas. Es como una fascinación. Y a los galanes les ocurre otro tanto. Wallace Reid, ¿no lo conocéis?,

hace verdaderos estragos en los corazones de las muchachas. Y no sólo en América, chiquillas. En Europa también se van dando cuenta del valor que tiene este arte maravilloso que es el cinematógrafo y los nombres de las estrellas americanas, hombres y mujeres, son ya conocidos en París, en Londres, en Madrid o en Roma, lo mismo que en Nueva York y en San Francisco.

Las niñas le oían arrobadas y pedían a su tío que les enseñara cómo se actuaba en el cine.

—Porque yo, cuando sea mayor, quiero ser actriz de cine —decía Gretchen, muy seriecita—. Me gustaría ser una de esas mujeres fatales de quien todos los hombres se enamoran... ¿Crees que serviré, tío?

—¿Quién puede saberlo ahora, pequeña? Eres demasiado niña aún. Además, me parece que a vuestra madre no le gustan mucho estas cosas del cine... He creído sorprender en sus ojos una mirada de reproche cada vez que me ha encontrado hablándoos de esto... Claro que ella no sabe, no puede comprender las posibilidades de este nuevo arte... Hay que vivirlo para hacerse cargo...

Sin darse cuenta, casi sin proponérselo, Ernest iba inculcando en las niñas su propio entusiasmo por el cinematógrafo. Las chiquillas ya no soñaban con otra cosa y cada vez eran más frecuentes los encierros en la habitación de Polly Ann para «ensayar», como decían ellas. Unas veces era una película del «oeste»; otras, una romántica comedia de amor; las más de las veces trataban de emular, por la casa o por el jardín, las endiabladas hazañas de la «pandilla» cinematográfica, únicas películas que sus padres les permitían ver.



\* \* \*

Así pasaron los cuatro primeros años de la vida de Gretchen, en un ambiente familiar lleno de felicidad y de alegría. Hasta que un día aciago entró la desgracia en el hogar: murió papá Young, de una enfermedad rápida y dolorosa. Mamá Young y las niñas hubieran quedado totalmente desamparadas de no ser por el bueno de tío Ernest, que apenas supo la noticia se personó en Lago Salado dispuesto a llevarse consigo a su hermana y sus sobrinas.

—¿Qué váis a hacer aquí solas, tú y las niñas?  
—dijo con decisión—. Muerto tu marido, nada te retiene en Lago Salado. Lo más razonable es que os vengáis conmigo a Hollywood; allí hay grandes posibilidades para todo el que quiera trabajar. La industria del cine es grande y precisa de mucha gente.

Obligada por las circunstancias, mamá Young se dejó convencer, con gran alegría de las niñas, para quienes la idea de vivir en Hollywood parecía algo así como un bello cuento de hadas. Con ayuda de su hermano, mamá Young abrió una pensión para gente de teatro. Tuvo buena acogida y pronto las gentes que trabajaban en los Estudios se disputaban una habitación en su casa, donde la comida era buena y el trato excelente.

Polly Ann, Betty Jane y Georgina fueron enviadas al colegio. En casa quedó sólo Gretchen, la más chiquitina. Un buen día, doña Oportunidad llamó a la puerta de la casita de los Young. Era tío Ernest que llegaba acompañado de un desco-

nocido. Gretchen se hallaba en aquel momento muy entretenida haciendo tortas de barro, ocupación que le resultaba fascinante. Tan fascinante que ni siquiera hizo caso de la llegada de su tío.

Ernest y el desconocido estuvieron hablando mucho rato con mamá Young. Gretchen les oía discutir desde su refugio del jardín. Sólo cuando su madre la llamó con voz más autoritaria que de costumbre, comprendió que algo insólito ocurría. Estaba hecha un adefesio: despeinada y con la carita y las manos enteramente recubiertas de barro. Cuando entró en el salón, el desconocido se la quedó mirando largo rato y al fin dijo:

—De acuerdo... Lávenle la cara y tráiganmela mañana al Estudio...

Dicho lo cual se despidió. Tío Ernest le dijo entonces que aquel señor era Georges Melford, un famoso director de cine que andaba buscando una niña para su película y que, al hablarle él de su linda sobrinita, había querido conocerla.

—¡Claro que yo no podía sospechar que ibas a presentarte así, Gretchen! ¿Te has mirado al espejo? En fin, que tu madre te ponga bien guapa mañana e iremos juntos a los Estudios para que te hagan una prueba.

Mamá Young intentó resistirse todavía, pero el entusiasmo de la pequeña era tan manifiesto, que claudicó. Lo que más entusiasmaba a Gretchen era pensar en lo que dirían sus hermanas cuando se enteraran de que ella, la más pequeña de todas, había sido la primera en poner los pies en unos Estudios cinematográficos de verdad.

A la mañana siguiente, muy sericita y muy compuesta, de la mano de su tío, Gretchen se pre-



sentó ante el señor Melford. Pasó la prueba satisfactoriamente y obtuvo un pequeño papel en la cinta «El último camino», junto a Theodore Roberts y Fanny Ward, recibiendo por su trabajo la suma de veinticinco dólares. Tenía entonces cinco años y conservaba todavía su encantador aspecto de muñequita de bazar.

Naturalmente, al enterarse las hermanas mayores protestaron y acusaron a su tío de deslealtad con ellas.

—No es justo, tío Ernest —le dijo Betty muy seriamente, al regresar del colegio aquel fin de semana—. Mientras nosotras luchamos con las matemáticas y la geografía, tú, aprovechando nuestra ausencia, te llevas a Gretchen a los Estudios... y consigues para ella nada menos que un contrato con la Paramount... ¡Un contrato para una niña de cinco años! Reconocerás que es hasta ridículo... Y no es que nosotras no nos alegremos del éxito de Gretchen, pero, ¿no crees que hubiera sido más lógico que emplearas tu influencia en recomendarnos a nosotras, que al fin y al cabo somos las hermanas mayores? Tú sabes —¡oh, tío!, lo sabes tan bien—, la ilusión tan grande que nos haría trabajar en el cine...

Tío Ernest comprendió que su sobrina tenía razón. Y además, ¡qué caramba!, ¿por qué no habían de trabajar las cuatro en el cine? Su hermana tenía a veces ideas extrañas... El mundo del cine no era, al fin y al cabo, tan malo como se creía... Y por lo demás, el porvenir allí era brillante, mucho más brillante del que pudieran encontrar las niñas estudiando.

Las llevó, pues, a los Estudios y como las chicas

eran bonitas y tenían un gran entusiasmo por el cine, pronto consiguieron algún que otro papelito en cintas importantes. Mamá Young accedió a condición de que sus hijas no abandonasen el colegio. Incluso la propia Gretchen fué enviada a la escuela; la pequeña era, de las cuatro, la que más sobresalía por su ductilidad y su intuición ante las cámaras. Era extraordinaria la facilidad de la chiquilla para todo lo que fuese ficción: jamás había que repetirle dos veces una misma cosa. El director le explicaba pacientemente en qué consistía su papel... y la niña lo representaba de modo asombroso. Melford estaba encantado y prometió incluir a la niña en la lista de actrices infantiles del Estudio.

Por el momento sin embargo, Gretchen no volvió a trabajar en el cine. Durante seis años asistió regularmente a la escuela, esforzándose por asimilar las lecciones de ciencias, geografía o historia que se le enseñaban, para las cuales no demostraba ciertamente ni tanta intuición ni tanto afán como para las artes de la ficción. Los fines de semana las tres hermanas los pasaban en casa, ayudando a su madre en los quehaceres domésticos y aprovechando los ratos libres para ensayar los imaginarios papeles que querían representar. Betty Jane había conseguido trabajar varias veces frente a las cámaras, pero lo cierto era que la carrera cinematográfica de las hermanas Young no era, hasta entonces, muy brillante.

Uno de esos fines de semana en que Gretchen se hallaba sola en casa —sus hermanas habían ido, como de costumbre, al cine—, la niña contestó a una llamada telefónica que vino a decidir su des-



sino. Era Mervyn Le Roy quien llamaba, aunque no precisamente a ella, sino a su hermana Polly Ann, para ofrecerle un pequeño papel en la cinta «Tonta, pero simpática», que protagonizaría Collen Moore. Pero Polly Ann no estaba en casa y entonces Gretchen, ni corta ni perezosa, se acicaló lo mejor que supo y se presentó en su lugar en los Estudios.

—Soy Gretchen Young, señor Le Roy —dijo decidida, plantándose ante el director—, la hermana de Polly Ann. Ella no estaba en casa y, por lo tanto, no he podido darle su recado. Pero he pensado que si venía yo, a lo mejor usted me daba una oportunidad...

A Le Roy, le hizo gracia el desparpajo de la chiquilla. Y le preguntó:

—Pero, ¿tú sabes actuar?

—¡Oh, sí! —respondió Gretchen—. He trabajado ya para el señor Melford, el de la Paramount... No soy nueva en el cine —añadió dándose importancia—. Trabajé por primera vez a los cinco años...

—¿Y cuántos tienes ahora?

—Trece.

—Muy pocos años me parecen...

Collen Moore, que asistía al diálogo entre Le Roy y Gretchen, encantada con la simpatía de la muchachita y con la dulzura de su rostro, sugirió al director:

—¿Por qué no lo intenta? Esa niña tiene un no sé qué... que me atrae. O mucho me equivoco, o será, con el tiempo, una gran actriz... Se desprende de todo su ser. Lástima que tenga ese nombre tan raro: Gretchen. No me gusta. No es adecuado para

una actriz. Oye, pequeña, ¿te importaría que te cambiásemos el nombre?

—Pues no sé... la verdad... Estoy acostumbrada a oírme llamar así...

—Desde luego, pero es un nombre que cuesta mucho trabajo pronunciarlo. Y luego, cuando seas famosa... No, francamente, no me imagino el nombre de Gretchen Young brillando en letras luminosas en los cines del mundo entero. Vamos a ver: ¿te gustaría el nombre de Loretta? Cuando yo era pequeña tenía una muñeca que se parecía mucho a ti, y a quien bauticé con ese nombre... Podríamos llamarte Loretta Young; creo que suena bien, ¿verdad, señor Le Roy?

—Por mí, de acuerdo... Si sus padres no se oponen...

Mamá Young se opuso, naturalmente. Bastante le había costado consentir que sus hijas trabajasen para el cine, para que encima ahora aquella gente se empeñase en bautizarlas de nuevo. Pero quíralo o no, desde aquel mismo día, Gretchen pasó a llamarse Loretta. Y como Loretta Young apareció en el reparto de la película.

Aquella jugarreta costó a Gretchen-Loretta una seria reprimenda por parte de su madre y de sus hermanas. Polly Ann se enfadó tanto con ella que estuvo varios días sin hablarle. Y Betty Jane, por solidaridad con su hermana mayor, hizo otro tanto. Sólo tío Ernest aprobó lo que había hecho y se ofreció para ser su representante, pues «dado que su carrera cinematográfica —decía— iba a ser vertiginosa, no tendría más remedio que contratar a alguien que se cuidara de sus intereses y para eso, mejor servía él que un extraño».



A «Tonta, pero simpática» siguió «El que recibe las bofetadas», junto a Lon Chanel. En esta cinta Loretta hizo su primer papel importante, el de una cándida jovencita enamorada de Nils Asther, el apuesto galán sueco que triunfaba por entonces en Hollywood. Por cierto que en ella la muchachita tuvo que sufrir la experiencia de ser besada por primera vez. Esta parte de su papel fue lo que más preocupó a Loretta; tenía sólo quince años y apenas había tratado con muchachos de su edad, pues era más bien tímida y retraída.

Durante varios días estuvo obsesionada con la idea de quedar bien en esta prueba. Por ello vio de antemano muchas películas y se metió en la cabeza muchos libros de amor. De todo ello sacó la conclusión de que la mejor manera de demostrar que estaba enamorada era suspirando. A solas en su cuartito, probó una y otra vez. Y cuando llegó el momento, suspiró, suspiró tanto que más que suspiros parecían lamentos. Tanto que el director, Herbert Bernon, no pudiendo contener la risa, mandó que cortasen la escena y, dirigiéndose a Loretta, le dijo burlón:

—Mire, Loretta... Sus demostraciones de amor son muy poco convincentes... No siga, por favor...

El personal del Estudio estalló en una sonora carcajada. Loretta se detuvo avergonzada, sintió que sus mejillas se encendían y cuanto más se esforzaba en ocultar su rubor, más reían todos... Fueron unos momentos realmente angustiosos para la muchacha. Fue Nils, con su proverbial gentileza, el que salvó la situación:

—Vamos, vamos, pequeña... No hay por qué ponerse así... Lo que le ocurre es perfectamente nor-

mal y estos señores no se muestran, ciertamente, muy galantes con usted...

Con toda paciencia, Nils se puso a enseñarle cómo debía besar, cómo debía hacer para «contener la expresión» de modo que reflejara todo el encanto y todo el candor del primer amor. Gracias a él, Loretta salió airosa de la prueba. A solas con tío Ernest le confesó que jamás había sentido el «pavor artístico» que sintió en aquella ocasión.

—Pero, vamos a ver —preguntó malicioso tío Ernest—, ¿te asustaba el beso... por el beso... o por el galán a quien tenías que besar?

Loretta le miró asombrada. Pero como tenía un agudo sentido del humor, contestó a la impertinente pregunta con agudeza:

—Me asustaba por... ¡por la cámara!

En realidad, aquella prueba fue una de las más importantes porque la jovencita, desde aquel momento, fue considerada no sólo como una de las más lindas, sino también como una de las más sensibles e inteligentes intérpretes de la pantalla.

\* \* \*

Y, sin embargo, dijérase que el destino se obstinaba en probar su vocación artística. Se encontró Loretta en ese momento de transición del cine mudo al cine sonoro, en el que naufragaron tantas grandes figuras, en el que tantos vaticinios gloriosos se esfumaron. Antes, después, todo era fácil, o por lo menos todo era preciso, concreto. Pero el momento del cambio fue terrible para toda la industria cinematográfica de los Estados Unidos, pero de modo muy particular para los intérpretes,



actrices y actores, astros y estrellas. Justamente porque productores y directores se hallaban con las nuevas características del cine como en una especie de callejón sin salida y se veían obligados a inventar una técnica enteramente nueva de rodaje e interpretación, cerraron de pronto sus puertas a quienes hasta entonces les habían llenado las taquillas y se obstinaron en buscar nuevos valores procedentes del teatro.

Con ellos, por lo menos —se concluyó, en una de las tantas reuniones que se celebraron en Hollywood para hacer frente al nuevo problema—, tendremos la seguridad de que la voz, la palabra, la dicción, en fin, sería perfecta. Las estrellas del cine mudo ya no sirven; la que no tiene la voz gangosa, pronuncia defectuosamente y la que tiene buenas facultades vocales, siente verdadero pavor ante el micrófono... Además, es difícil enseñales. Resultará más cómodo para todos que lleguen al cine con una preparación teatral.

Era lógico que el pánico cundiera entre los artistas de la etapa anterior. No se podía prescindir, naturalmente, ni de ciertas caras bonitas ni de ciertos nombres que tenían ya un prestigio y ejercían una sugestión y un atractivo sobre los públicos. La cara y el nombre de Loretta se contaron entre éstos.

—Sí, me proponen algunas pruebas —dijo un día la actriz a su madre, que se inquietaba mucho en aquel momento por su porvenir—. Pero creo que nunca me decidiré a tomar parte en esta nueva modalidad del cine. Todos aseguran que hay que volver a empezar... Y la verdad, resulta duro renunciar así, de pronto, a una técnica que se ha

aprendido de todo corazón y con toda sinceridad, para lanzarte a aprender cosas nuevas. El teatro me asustó siempre, tú lo sabes, incluso cuando soñábamos con emular a la divina Sarah. Desconfío de mi voz, de mi modulación: apenas tengo que decir cuatro renglones aprendidos de memoria, se me pone un nudo en la garganta...

Su madre callaba pesarosa. Pero tío Ernest se mostraba optimista y entusiasta como siempre:

—¡Pamplinas! Eso que te parece tan difícil es mucho más sencillo que lo que han venido haciendo hasta ahora los artistas del cine mudo. En él hubo que inventarlo todo (¿no recuerdas lo que yo os contaba cuando erais unas chiquillas?) y confiarlo todo a la expresión del gesto... En cambio ahora, la palabra todo lo facilita. Es algo tan viejo como el mundo, y ya verás cómo después de unas pequeñas pruebas, te encuentras con un medio de expresión que facilita tu trabajo y aumenta tu gloria, tu fortuna...

Y por este camino, tío Ernest volvía a lanzarse a sus fantasías de siempre... aunque, en realidad, esta vez sus predicciones se acercaban bastante a la verdad.

\*\*\*

En efecto, una tras otra, muchas grandes figuras cinematográficas al llegar la nueva modalidad desaparecieron hasta caer en el olvido. Loretta, por el contrario, salió airoso de la difícil transición. Las pruebas fueron satisfactorias. La voz de la joven estrella era sumamente agradable y las oportunas lecciones del tío Ernest resultaron provechosas para enseñarle a manejarla con maestría.



Se había convertido en una joven verdaderamente hermosa: sus rasgos no eran correctos, su boca seguía siendo demasiado grande, pero el conjunto de su rostro tenía un encanto difícil de superar. Era el tipo de muchacha buena por excelencia, la que conquistaba el corazón de los hombres por su ternura y su comprensión. Así lo intuó el primer director, y todos los demás tuvieron el talento de seguir sus huellas, subrayando justamente el aspecto juvenil y femenino de su rostro. Nadie hubiera podido imaginársela haciendo la mujer mala. Sentía verdadero entusiasmo por su carrera y pasaba la mayor parte de su tiempo libre en los platós, vigilando todos los aspectos de la producción y observando el trabajo de sus compañeros, que la adoraban por su dulzura y por la comprensión que demostraba hacia todos. En realidad, Loretta adoraba a la humanidad entera y consideraba que la persona que vivía rodeada de amigos era un ser afortunado. Pero no hacía amistades con facilidad.

Su vida privada era tranquila y, contrariamente a lo que solían hacer la mayoría de las estrellas, no gustaba de las fiestas ni de la exhibición. Era raro que accediese a asistir a un club nocturno, cosa que irritaba grandemente a su hermana Betty.

—Es absurda esa vida que haces, Loretta —le dijo un día en que trataba de convencerla de que asistiese con ella a una reunión que debía celebrarse en el club «Mocambo». —. Tú eres ahora una estrella famosa y te debes a tu público. No puedes pasarte la vida del Estudio a casa y de casa al Estudio; las fiestas y reuniones de Holly-

wood son tan importantes para la carrera cinematográfica de una estrella, como su trabajo ante las cámaras. La presencia viva tiene un valor incalculable, te lo aseguro. ¡Ah, si yo estuviera en tu lugar!

—Tu hermana tiene razón, Loretta —asintió títo Ernest—. La vida burguesa no es para una estrella de cine.

Aun a su pesar, Loretta tuvo que acceder y asistir al «Mocambo». Los preparativos para la fiesta fueron los usuales, no ya tratándose de una estrella, sino de cualquier muchacha que asiste a un baile. Justamente su resplandor estelar era lo que más le molestaba en aquella ocasión. Sabía que era bonita, por temperamento resultaba elegante, aunque llevase un atavío muy sencillo, y, naturalmente, hubiese deseado aparecer en aquella ocasión lo más linda posible. ¿Por qué? Intuición, acaso. Con las puertas de su armario ropero abiertas, contemplaba los vestidos que los modistos más famosos habían realizado para ella en aquella temporada, algunos todavía sin estrenar.

—¿Qué me pondré, Betty? Me gustaría estar muy guapa... pero no parecer una vampíresa de película. No me gusta llamar la atención.

—¡Qué tontería! Tú no puedes ser vampíresa nunca, Loretta. Tu género es otro. Pero creo que ya que te has decidido a asistir a «Mocambo», es cuestión de dar allí el golpe... Yo me pondría ese vestido de tisú de plata...

—¡Qué horror! Lo que te dije, una vampíresa. No, no: Prefiero el de tul blanco y negro. Es más distinguido, aunque no tan llamativo. Por eso lo prefiero.



Ya en la fiesta, Loretta se mostró alegre y animada, como nunca. No le gustaba la exhibición, como ya hemos dicho, pero sí disfrutaba de hallarse en un ambiente alegre y juvenil. Además, aquella noche tenía para ella un raro encanto, como si hubiera de ocurrirle algo que llegase a ser trascendente en su vida. Le presentaron a muchísima gente, personas indiferentes en su mayoría; entre ellas a un muchacho llamado Grant Withers. No era precisamente un galán de película, pero sí muy joven, agraciado, de tipo moreno, casi diríase un latino, y simpático aun dentro de su aparente timidez.

¿Fue tal vez esta timidez la que conquistó el corazón, o por lo menos, la ilusión de Loretta? Grant bailó con ella dos o tres bailes en lucha con los diversos aspirantes a pareja de la joven estrella. Huraño y enfurruñado en un rincón cuando bailaba con los demás, Grant hacía un papel un tanto desairado. En un arrebato impulsivo, se dirigió a Loretta durante un intermedio y le dijo, dolido:

—O los bailamos todos... o me marchó ahora mismo.

¡Era absurdo! El joven era para ella poco menos que un desconocido, apenas les unía una presentación superficial y unos cuantos bailes entre la multitud danzante del salón. Sin embargo, la muchacha tomó aquel arrebato como la cosa más natural y no se atrevió siquiera a protestar. Solamente musitó con timidez:

—Es que... tengo ya algunos bailes... comprometidos.

Grant dio entonces media vuelta dirigiéndose a

la puerta del salón. Sin duda iba a cumplir su amenaza de abandonar «Mocambo». ¿Amenaza? En realidad, ¿qué podía importarle a ella que aquel joven indiferente se fuera o se quedara? En un movimiento, ni ella misma supo si de lástima o de coquetería, le siguió unos pasos y apoyó su brazo en el de Grant.

Lo que siguió fue rápido e inesperado. Sin saber cómo, Loretta se halló ante la puerta del club nocturno, subiendo al coche que Grant le ofrecía radiante.

—¡Qué dicha! En toda la noche no he hecho otra cosa que esperar este momento. Vamos a dar un paseo; será mucho más agradable pasear bajo la fresca brisa de la noche que permanecer horas y horas dando vueltas entre esa multitud estúpida, ¿no te parece?

Loretta no supo qué contestar, no se detuvo siquiera a analizar él por qué ella, de solito tan retraída, se marchaba así, sin más ni más, con aquel desconocido. Realmente, la timidez de Grant no era sino una máscara. Aquella misma noche quedó plenamente demostrado. Cuando horas después —horas que a Loretta le parecieron maravillosas— el joven la acompañó hasta su casa, ya estaban prometidos.

Loretta puso en aquel noviazgo todas las ilusiones de juventud propias de su edad e inexperiencia.

—No me gustan las cosas tan precipitadas —dijo el tío Ernest, al saber que la boda se había fijado para pocas semanas después—. No sabes ni siquiera quién es ese muchacho. Además, una artista como tú debe, ante todo, pensar en su arte.



Sólo pido al cielo que ese matrimonio prematuro no perjudique tu carrera artística.

—¿Prematuro dices, tío? ¡Pero si ya tengo veintidós años! A mi edad, Mary Pickford se había casado y divorciado dos veces. Ya ves tú: Mary, la niña cándida de los bucles de oro de que tanto nos hablabas en nuestra infancia... Además, no tienes por qué preocuparte, tío. Grant es un hombre sencillamente maravilloso... Seremos felices y tendremos muchos hijos. Sí, quiero tener cinco niños.

El tío Ernest se encogió de hombros y el resto de la familia también. La verdad era que Loretta tenía derecho a su felicidad. Y su noviazgo con Grant Withers, un noviazgo rápido y cándido, parecía cumplir todos los ensueños de dicha de la estrella. ¿Respondería la realidad a esos ensueños?

En su primera parte, las predicciones de tío Ernest fallaron en toda línea. Su matrimonio no perjudicó a Loretta lo más mínimo con respecto a su carrera artística. Por el contrario, cada vez parecía ascender más y más en el favor de los productores y de los públicos. Los actores más celebrados de Hollywood se disputaban el trabajar con ella. Y cada vez sus actuaciones eran más elogiadas por la crítica, si bien al tratar de las películas de que Loretta era protagonista, las opiniones se dividían: unos le preferían en «Clive de la India», junto a Ronald Colman; a otros les encantaba, sobre todo, con Ray Milland en «El doctor se casa»; se afirmaba que nunca estuvo tan espléndida como en «China», con Alan Ladd, y, en fin, nadie podía olvidar su magnífica actuación junto a Gene Raymond en «Huérfanos en

Budapest». Con Tyrone Power realizó, por aquella época, la que la propia Loretta llamaba serie de «comedias refinadas», entre las cuales figuraban «Café Metropol» y «Damas enamoradas»; un drama mucho más serio le dio gran prestigio al lado de Spencer Tracy bajo el título de «Volverás al nido»; fue también esposa de un prestidigitador personificado por David Niven en los papeles femeninos de «Caravana» y «Shanghai».

No, no había acertado el tío Ernest... Pero la realidad no estuvo tampoco conforme con los sueños. No era Grant el hombre destinado a ser el verdadero amor, el gran amor de su existencia. Tiránico, brusco, violento, el hombre que se había presentado con la apariencia de un joven tímido, hacía ahora imposible la vida de la estrella; por otra parte, su afición a la vida mundana contrastaba con los gustos sencillos de Loretta, quien sentía que, no ya su arte, sino su personalidad y su salud se perjudicaban en una existencia de constantes viajes, fiestas y diversiones. Las disensiones, como suele acontecer, empezaron por pequeñas para convertirse pronto en franca hostilidad por parte de ambos. Por añadidura, el hogar que Loretta había soñado no era el que Grant le proporcionaba. No había en él aquellos cinco hijos con que tanto soñara la esposa... y muy pronto el nido sin calor quedó deshecho.

\* \* \*



Al recobrar legalmente su libertad, Loretta se entregó con más ahínco que nunca a su carrera artística. Sentía siempre un ansia insatisfecha de superarse a sí misma, de perfeccionarse. Su largo trabajo ante las cámaras le permitía conocer todos los ángulos, todas las innumerables triquiñuelas para sacar el mejor partido posible de su persona. En 1940 volvió a trabajar junto a Tyrone Power en «Suez». Encarnaba allí a la Emperatriz Eugenia, papel que, según Loretta, podía hacer cualquier muchacha principiante. No quedó satisfecha de su actuación y, como consecuencia de ello, rehusó un contrato de siete años que le ofrecía la Century Fox.

Como quiera que eso de hacer seis películas al año resultaba un atentado contra su salud y su prestigio, la muchacha decidió convertirse en estrella independiente, eligiendo ella misma el Estudio y la película que más le satisficiera. Podía así entregarse con mayor cuidado a su arte, eligiendo sólo los papeles que realmente le gustaba interpretar. Aquel año de 1940 fue decisivo para la vida de Loretta. Lo fue, como ya hemos dicho, para su carrera artística, pero también para su vida íntima. Precisamente durante la fiesta de fin de año había conocido a Thomas Lewis, un alto empleado de la Radio. No era un hombre atractivo; mucho mayor que ella, de pelo algo canoso y rostro grande y vulgar; poseía, sin embargo, un atractivo interior que cautivó grandemente a Loretta. Empezaron siendo simplemente amigos; coincidían en gustos y aficiones, ambos adoraban la radio, y sus actores teatrales favoritos eran Noel Coward y S. N. Behrman. Durante algunos meses salieron mucho jun-

tos; era frecuente verles pasear por las calles de Hollywood en el coche de Tom, o asistir a las premieres. El mundillo cinematográfico empezó a sospechar que aquella amistad acabaría en boda. Pero cuando alguien se lo insinuaba a Loretta, la muchacha respondía invariablemente:

—No quiero fracasar de nuevo. Antes de decirme, quiero estar completamente segura de que esta vez es para siempre. No soportaría un nuevo desengaño.

No tardó mucho tiempo, sin embargo, en darse cuenta de que estaba locamente enamorada de Tom y de que él era el hombre con quien había soñado siempre, el único que podía hacerla realmente feliz. Era un caballero en toda la extensión de la palabra, atento, cariñoso, profundamente enamorado de ella. Loretta lo sabía, y en más de una ocasión Tom la había instado a que se casara con él.

—Te quiero, Loretta, tú lo sabes. No comprendo este empeño tuyo en prolongar más esta situación. Ni tú ni yo somos ya dos niños. El que hayas sido desgraciada en tu primer matrimonio no quiere decir que va a ocurrir ahora lo mismo. Yo sé que juntos seremos felices. ¡Tenemos tanto en común! Me atraen en ti, sobre todo, tu nobleza de sentimientos, la rectitud de tu carácter... Eres la muchacha buena por excelencia y ¡tan hermosa además! ¿No te han dicho nunca que pareces una linda muñeca? Me gustaría tener una hija tuya que se pareciese en todo a ti...

Loretta claudicó... y la verdad es que no tuvo por qué arrepentirse de ello. Tom fue para ella el esposo perfecto; alquilaron una casita en Halmby



Hills y pasaron juntos unos ratos deliciosos decorándola.

—Eres una mujer sorprendente, Loretta — le dijo Tom, el día en que ella le propuso ocuparse por sí misma de la decoración de la casa—. No sólo eres una actriz famosa, buena ama de casa y esposa perfecta... sino que, además, me estás resultando una decoradora excepcional. ¿Sabes que estoy pensando que me he casado con una verdadera alhaja?

Loretta reía, feliz. Su vida con Tom fue una dicha completa y cuando llegó el primer hijo — una niñita a la que llamaron Judy — Loretta comprendió que esta vez su matrimonio iba a ser para siempre y que sus temores habían sido infundados. Tom y ella se compenetraban de un modo perfecto. Juntos discutían los problemas de cine y de la radio, ya que ambos seguían trabajando en sus respectivas profesiones, pero no trataban de influirse mutuamente. A Loretta le encantaba que su marido la visitase de vez en cuando mientras estaba filmando; sus consejos o su parecer tenían para ella una importancia extraordinaria. Y Tom gozaba lo indecible exponiéndole a Loretta sus planes para los nuevos programas radiales. Hacían una vida muy retirada, felices de encontrarse juntos y a solas en los pocos ratos libres de que disponían. Y cuando sus amigos, o tío Ernest, decían no poder comprender ese afán de aislamiento del matrimonio, Loretta sonreía enigmática y mirando amorosamente a Tom, respondía:

—Nos bastamos el uno al otro. ¿Dónde podríamos encontrar mayor felicidad que en nuestro propio hogar?

—¡Ah, Loretta, chiquilla! Y tú eras la que que-

rías ser una vampiresa, una mujer fatal... ¿Recuerdas que seriecita lo decías cuando eras pequeña? —suspiraba tío Ernest—. Y aquí estás, ya mujer, hecha una verdadera burguesa: no pensando más que en tu hogar, en tu marido, en los hijos... ¿Y para eso me he esforzado yo tanto en ayudarte, en aconsejarte, en despertar en ti el amor por tu carrera?

—Pero, tío Ernest... Mi carrera no se ha resentido lo más mínimo porque yo no haya resultado una mujer fatal... Por el contrario, sigue en progresión ascendente. Pero mi carrera y mi vida privada son dos cosas distintas; yo las adoro por igual, pero no me gusta mezclarlas... Odio que los periodistas metan sus impertinentes narices en mis asuntos privados... Siempre que quieran tratar con Loretta, la actriz, me encontrarán dispuesta a contestar a sus preguntas... Pero Loretta, la mujer, no quiere nada con ellos... Pero, ¡por Dios!, no es tan difícil de entender, tío... Yo soy feliz, profundamente feliz en mi matrimonio...

—¿Y en qué se basa esa felicidad tuya con Tom?

—Pues en no ceder sólo en el cincuenta por ciento. Yo creo que hay que ceder el ciento por cien para luego recoger otro ciento por cien de intereses. Además, creo también que no se debe ser demasiado... moderna... con respecto al matrimonio. La feminidad, con toda su aureola de cosa pasada, es insustituible para llegar al corazón del hombre... Yo he sabido llegar al corazón de Tom y Tom ha sabido llegar al mío. Nuestra unión es perfecta.

—Eres una sentimental, Loretta. No tienes remedio. Pero me alegra de veras que te sientas tan



feliz. Sólo quisiera que, por esa felicidad, no descuidases del todo tu carrera... Es un poco obra mía, ¿no crees? y me dolería que la truncases...

—No te preocupes, tío Ernest ...A mí también me interesa mucho mi carrera...

\* \* \*

Y era cierto. Al cabo de veinte años de trabajar en el cine, Loretta sentía tanto entusiasmo y tanto amor por su profesión como el primer día. Tenía ahora una amplia experiencia y una gran ductilidad para asimilar todos los papeles que debía interpretar. En pocos años, realizó «El mañana es nuestro»; «El extraño», con Orson Welles, «Hablan las campanas», «Hombres que la amaron», con Conrad Veidt, «Todo por una mujer», con Gary Cooper, «Esposa anónima», con Frederic March, con la que Loretta celebró su película número cien; y en 1947, «Mi adorable rival», junto a Joseph Cotten, que le valió por primera vez en su carrera el tan codiciado Premio de la Academia de Artes y Ciencias Cinematográficas.

En la sala atiborrada de público del «Shrine Auditorium» de Hollywood, Loretta, radiante y emocionada, subió al estrado para recibir el Oscar de manos de su fiel amigo Ronald Colman. Con los ojos velados por las lágrimas, Loretta sonreía feliz, buscando con la mirada el rostro amado de Tom, perdido entre la multitud. Cuando al fin lo descubrió, todo su ser pareció ofrendarle aquel homenaje, premio al esfuerzo, a la fe de toda una vida. El Oscar de interpretación representa para todo artista de la pantalla americana el galardón más

ambicionado y más difícil de conseguir. Para Loretta, el magno acontecimiento artístico constituyó la realización de un sueño que muchas veces, a pesar de todos los éxitos, apenas si se había atrevido a acariciar.

Pero el sueño colmado de su vida de mujer, que corre paralelo a la realización de sus ambiciones artísticas, fue, sin duda alguna, la consolidación de su hogar, de aquel hogar integrado por Tom, Judy, Christopher y Peter, dotado de cálida intimidad, que fue desde niña su suprema aspiración. Quince años de dicha conyugal ininterrumpida, hacen hoy de Loretta, por encima de todas las glorias artísticas, la más feliz de las estrellas hollywoodenses.



## Así es LORETTA YOUNG

Al entrar una noche en el cine, como espectadora, claro está, Loretta le dijo al caballero que quedó sentado detrás suyo:

—Si mi sombrero le impide ver la película, me lo quitaré con mucho gusto.

A lo que respondió amablemente el hombre:

—Por Dios, no haga usted eso. Su sombrero es mucho más gracioso que la película.

\*\*\*

Loretta recibió a la nueva doncella que, por carta, había solicitado entrar a formar parte del servicio de la casa.

—En su carta —dijo la actriz— no me aclaró usted por qué abandonó sus empleos precedentes.

—Es verdad, señora. Pero tampoco me ha dicho usted por qué despidió a las sirvientas anteriores.



## án a la venta!

WART.—Hijo de un conde que luchar contra la voluntad de su padre que quería a toda costa mantenerle tras el mostrador de su establecimiento. A pesar de su gran afición a la escena, no se consideraba a sí mismo como un buen actor, siendo él el primero en sorprenderse cuando se le concedió el Oscar. Se le conocen idilios con Anita Colby, Olivia de Havilland, y Rita Hayworth. Enrolado en la aviación como simple soldado, alcanzó el grado de coronel.



RAF VALLONE.—Abogado, filósofo, futbolista de primera, periodista, crítico teatral, y por fin actor cinematográfico. Hasta los treinta años no trabajó ante una cámara. Poco antes de venir a España para rodar «Los ojos dejan huellas» contrajo matrimonio con la bella actriz Elena Varzi. En su juventud fue un muchacho estudioso y deportivo; en la actualidad, puede considerarse como uno de los actores más cultos y completos.



BETTY HUTTON.—Dinámica, emprendedora, con una desbordante vitalidad. La estrella de los innumerables idilios desconcierta a la prensa con sus inesperados anuncios de noviazgo, que luego se rompen con la misma rapidez sin que nadie pueda explicarse la causa. Su fracaso en la televisión estuvo a punto de hacerle abandonar su carrera artística.



## TITULOS EN PRENSA



BURT LANCASTER

Fue acróbata de circo hasta que un accidente le dejó inútil para esta profesión. Durante la guerra hizo teatro para los soldados de los frentes europeos. Últimamente, ha logrado el sueño de su vida: producir e interpretar una película en la que encarna a un trapecista de circo, reviviendo así sus años juveniles.

JANE WYMAN

La estrella que hemos admirado en papeles tan dramáticos como los interpretados en «Belinda» y «Obsesión», comenzó su carrera artística cantando y bailando en un escenario. El cambio de estilo le resultó innegablemente favorable, puesto que su labor en la película «Belinda» fue premiada con el codiciado Oscar.



JEFF CHANDLER

Siendo niño prometió a su amiguita Susan Hayward que ambos llegarían a ser grandes estrellas de la pantalla. La promesa se ha cumplido. Pero no ha acudido a la cita la felicidad que esperaban encontrar en la cumbre de la fama. Con el hogar destrozado, Jeff busca a la mujer de su vida, oscilando entre Susan Hayward y Gloria de Haven.

BETTY GRABLE

Los padres de Betty no estuvieron de acuerdo sobre el camino que debía seguir la muchacha. El quería que fuese una tranquila ama de casa, ella, convertirla en célebre ballarina. Hollywood fue el juez que puso fin a la discusión. Un primer fracaso amoroso—que terminó en divorcio—dio a Betty una marcada desconfianza hacia todos los hombres.

